

Vitacura, curaca de la Piedra Grande.
Salvador Inostroza.

Por el Camino del Inca, llega al Mapocho y su capital imperial al pie del Huelén el joven noble cuzqueño Wichaqkuraq, investido de autoridad en su cetro y *quipu* de nombramiento. En la Bütakura (“Piedra Grande”, hoy cerro San Luis) pondrá su aldea y castillo desde donde regirá el valle. Sus manos levantan obras y canales como el de Huechuraba; su corazón anida en una joven mapuche con la que tendrá hijos, y en la tierra que hará manar maíz y oro. Nombre, hombre y piedra se confunden: Wichaqkuraq se volverá Bütakura. Pasarán años. El cuzqueño, ahora chileno, envejecerá.

Llegará el conquistador español a llamarle ahora Vitacura; habrá sangre, luego concordia. Asesinado por el tributo del Inca que escondió de la codicia, llevará el secreto a la tumba. Luego, siglos y olvido. Pero de noche, a veces alguien camina desde el Costanera, el San Luis y Parque Bicentenario hasta Cantagallo por la larga avenida y comuna que llevan su nombre; las calles son surcos de su cobrizo rostro quechua. Es el espíritu de Vitacura, curaca de la Piedra Grande que vuelve a vivir recorriendo sus dominios. ¿Del tesoro incaico? Nadie supo nunca.